

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

DISCURSO

leído en la solemne inauguración del curso
académico de 1934 a 1935

POR EL DOCTOR

Don Miguel de Unamuno y Jugo

Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras



SALAMANCA

Imprenta y Librería de Hijos de Francisco Núñez Izquierdo
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25

1934

Compañeros maestros y discípulos,

estudiantes todos:

QUE de recuerdos, lejanos unos y otros recientes, al venir de despedida, a repetirme una vez más aquí, en este paraninfo, caja de resonancia de tantos de ellos! Vengo a repetirme, repito, a renovarme. Una vida espiritual entrañada es repetición, es costumbre, santo cumplimiento del oficio cotidiano, del destino y de la vocación. Día a día he venido labrando mi alma y labrando las de otros, jóvenes, en el oficio profesional de la enseñanza universitaria y del aprendizaje. Que enseñar es, ante todo y sobre todo, aprender.

Comencé mi primer curso—de Lengua y Literatura griegas no más entonces—en 1891, hace cuarenta y tres años, venido de mi nativa Vizcaya a robustecer en la alta meseta, toda ella cima, los huesos y la piel que el aire del mar y de la montaña nativos me habían fraguado. Y durante cuarenta y tres cursos—quiero contar entre ellos los del destierro a que me sometí por defender la libertad de la palabra y en que con mi ausencia creo que enseñé—he venido colaborando aquí, en esta Universidad, a la forja de la España universal y eterna. Leí, aquí mismo, el discurso inaugural—“alocución exhortativa” le llamé—de 1900, y poco después, aquel mismo año, se me elevó a mi primer rectorado de esta escuela de la tradición española.

Debería hoy y aquí callar mi acción extrauniversitaria, sobre todo la política. Dudo que me sea hacedero, porque, ¿es que el magisterio público se ejerce sólo en el aula oficial? En aquella "alocución exhortativa"—que no disertación investigativa—de hace treinta y cuatro años—parece como si el tiempo se remansara haciéndose eternidad histórica—os decía, jóvenes estudiantes—o a vuestros padres, que viene a ser lo mismo: "Ojalá viniéseis todos henchidos de frescura, sin la huella que os han dejado quince o veinte exámenes, y trayendo a estos claustros no ansia de notas sino sed de verdad y anhelo de saber para la vida, y con ellos aire de la plaza, del campo, del pueblo, de la gran escuela de la vida espontánea y libre!" Os lo decía al cumplir mis treinta y seis años; os lo repito hoy al cumplir mis setenta. Y venir a examinarme a mi vez.

Al enseñar—y aprendiendo al enseñarlas—la lengua y las letras del pueblo heleno, eternamente joven y eternamente anciano—la antigüedad es la niñez de los pueblos y la niñez es la antigüedad del alma—fui retemplando mi espíritu rebelde a disciplina. Tenía que disciplinar a discípulos. Y así llegó a asistirme el ánimo simbólico de Sócrates, el hijo de la partera, el gran partero que se llamó a sí mismo, el que asistía a la mocedad ateniense a que se diera a luz, a propia clara conciencia, la visión del mundo y así la recreara recreándose en ella. Y esto por la palabra. Que Sócrates, como el Cristo, el Verbo, no nos dejó escrito nada; no se enterró en letra.

He dicho alguna vez, con escándalo acaso de ciertos pedantes, que la verdadera universidad popular española han sido el café y la plaza pública. Los usureros de la investigación y avaros de ella suelen quejarse del inge-

nio que se ha derrochado en España en peñas de casino o de café, en tertulias, en accidentales reuniones de amigos. Lo estiman perdido. ¿Perdido? ¿Por qué? Esos ingenuos e ingeniosos espíritus socráticos, tan castizos, no nos han legado sus nombres, pero han conservado y enriquecido la tradición oral y las leyendas corrientes. Han hecho soñar y vivir en el sueño a sus hermanos. Y lo han hecho con la palabra, ya que no con la letra. Con oratoria familiar y privada, no con literatura; con doctrina popular, *folklore*, que en inglés se dice.

¡La Palabra! Al principio del cuarto Evangelio, el llamado de San Juan, se nos dejó dicho que “en el principio fué el Verbo”, la Palabra, y que “la Palabra estaba cabe Dios, y Dios era la Palabra”, y “todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de lo hecho”. Dios, la Cosa de las cosas—Causa de las causas—Dios—“cosa la más excelente”, así aprendimos de niños en el Catecismo del P. Astete, luego desacertadamente corregido, me dicen—la palabra, que es el hecho, pese a Fausto. Que no hay trecho de lo dicho a lo hecho. Y en el principio del Génesis, que Dios creó el cielo y la tierra diciendo, y llamó al firmamento cielo, y a la luz, día, y a las tinieblas, noche, y a la seca, tierra, y a la congregación de las aguas mar. Y luego, que llevó a Adán, al primer hombre, todos los vivientes de la tierra y las aves del cielo, para que les diese nombres, y aquél con que llamó a cada viviente, ése es su nombre. Y a cada nuevo Adán que llega a nuestro mundo, a cada niño, cuando se le ha enseñado el nombre de una cosa la ha conocido, la ha hecho suya y una, la ha hecho cosa con el nombre. Preguntar: “¿qué es eso?” quiere decir: “¿cómo se le llama?” En el principio fué la palabra. Y en el fin lo será, pues a ella ha de volver todo.

Que no es sólo un por qué, una causa—cosa—inicial, sino un para qué, un fin. Y es un por qué por ser un para qué. El hombre deja a la tierra unos huesos y al aire un nombre, un nombre en la memoria de la Palabra creadora, en la Historia: tejido de nombres; un nombre—si logra buena ventura—más duradero que los huesos, más que el bronce. *Aere perennius*, que dijo Horacio, a quien explicamos en nuestras clases.

¡La palabra y el nombre! “Santificado sea el tu nombre” se nos ha enseñado a rezar. Y es que el nombre de Dios es Dios, es divino. “¡Dime tu nombre!”, suplicaba anheloso Jacob al ángel con quien luchó, pasado el vado de Jaboc, hasta el rayar del alba. “¡Dime tu nombre!” Y Jacob le dijo el suyo para que le bendijera. “¡Espíritu sin nombre!”, suspiraba nuestro pobre poeta Bécquer. Y cuando nuestro antiguo compañero el Reverendo Padre Maestro Fray Luis de León, doctor de esta Escuela, y cuyo bronce aún nos amonesta en su nombre, más duradero que él, desde el adjunto Patio de Escuelas, cuando quiso zahondar en los misterios de la fe de su pueblo, dijo con su pluma los “Nombres de Cristo”.

¡El nombre es el hombre! Se nos cuenta en el mismo cuarto Evangelio cómo el Cristo, al estar en Jerusalén en la fiesta de Pascua, no se confió en los que confiaban en su nombre por las señales que hacía, pues no necesitaba que atestiguaran acerca del hombre. Pero el hombre sustancial y esencial es el nombre, es la persona. ¿Qué es definirse—¡lo que se ha pedido esto!—sino darse nombre, llamarse? “Me llamo así” quiere decir: “quiero ser así”. Y lo que se inmortaliza es el nombre, que es la piel espiritual y el pecho por que traspira y aun respira el alma. El hombre hecho nombre queda

hecho persona. Y ¿qué es la llamada persona jurídica sino un nombre? El nombre, la palabra es la verdadera acción, el dicho es el hecho. El centurión evangélico, sabiendo que con sola su palabra ordenaba la acción, pedía a Jesús que dijese una sola palabra y a distancia, sin entrar en su casa, para sanar a su criado perlático.

Desde aquí mismo, hace dos años, al abrir el curso 1932 a 1933, lo abrí en nombre de Su Majestad España —en su nombre y paladeándolo con fervor al pronunciarlo— y mi voz resonó en ella. Y es que la palabra es acción. El espíritu, la respiración sonora, el són, hacen el Verbo, la Palabra, y la palabra hace la visión, la idea. Los santos padres de la Iglesia griega llamaron al Espíritu, al Soplo nominador, Santa Sofía, Santa Sabiduría. Y ella hizo el Logos, el Verbo. Que la filosofía, el amor del saber, brota de la filología, del amor del decir.

Y así, apenas nombrado por primera vez rector de esta Escuela, en Octubre de 1900, días después de mi otra oración inaugural, se me encomendó, además de la enseñanza de la lengua y literatura griegas, la de lo que se llamó primero “Filología comparada del latín y castellano” y después “Historia de la lengua castellana”, y es la sola disciplina con que me quedé a la vuelta de mi destierro. ¡Denominaciones burocráticas, rituales, litúrgicas casi! Pero la segunda condice ya mejor con la cosa. Primero, filología, amor de la palabra, del nombre; después, historia. Y en resolución, lo mismo. Porque la historia, la tradición viva, queda y vive en la palabra, en el verbo, en el nombre, siempre presente. Historia no es letra, no es documento escrito, no es escritura, antes bien lectura, lección, leyenda. No existe históricamente el hombre que se queda en la letra, sino el que vive en la

palabra, el que obra hoy por hoy, el de leyenda. Y hasta los nombres de ficción, las creaciones de la palabra humana, los de poema, existen históricamente más que los enterrados sin nombre.

Era mi disciplina "Historia de la lengua", no de la literatura, no de la letra mientras no responda a la palabra. Se ha dicho que todo castizo escritor castellano es un orador por escrito. Mejor que ser un escritor por habla. No hablar como un libro, sino que el libro hable como Santa Teresa hablaba con su pluma, como un hombre. ¿Retórica? ¿Y por qué nó? Lo malo de la gramática es lo que tiene de *grama*, de letra. La letra mata; el espíritu, el son, vivifica. Y aun así es inevitable el documento. Y menos mal que, gracias al fonógrafo, se empieza a pensar en el archivo de la palabra. Mas, ¡ay!, de la palabra acaso en conserva de lata. Esta misma mi segunda oración inaugural habría yo preferido que fuese verdadera oración, orada, dicha—no recitada—pero me he tenido que rendir a la liturgia académica, y más ante el amago de la taquigrafía. *Verba volant*; pero la palabra misma es vuelo, y deja su vuelo al aire el pensamiento vivo sin dejarse enjaular y menos embalsamar.

"¿Historia?—decía a vuestros padres desde aquí mismo, hace treinta y cuatro años, y os lo repito hoy—Historia es lo que en torno vuestro ocurre, el motín de ayer, la cosecha de hoy, la fiesta de mañana. Sólo con el *hoy aquí* entenderéis rectamente el *ayer allí*, y no a la inversa; sólo el presente es clave del pasado y sólo lo inmediateamente próximo lo es de lo remoto. Lo que no descansa de una manera o de otra en el presente, ya a flor de él, ya en su lecho de roca sedimentado, no fué más que fugitiva apariencia. Es el presente el es-

"fuerzo del pasado por hacerse porvenir, y lo que al
"mañana no tienda, en el olvido del ayer debe quedarse."

Y hoy, al repetir mi lección de antaño, he de decir
que lo viviente es el esfuerzo de lo vivido por ha-
cerse porvenir, de la tradición por hacerse progreso y
ventura. Y lo aplicaba entonces a la historia de que em-
pezaba a profesar, a la de la lengua. "¿Lenguas?—de-
cía—. Jamás comprenderéis con comprensión activa y
"fecunda, no pasiva y estéril, cómo una lengua vive mien-
"tras no abráis los oídos a la que en vuestro derredor
"suená, prestándolos atentos y fieles a los modismos del
"vulgo, a sus dichos y decires, a todo lo que como a bar-
"barismo indigno de atención han solido desechar los
"que hacen del lenguaje un producto de pacto literario
"sujeto a académica prescripción." Así os decía, y em-
pecé en la lengua castellana a buscar a España, a tratar
de descubrirla, a descubrírnosla. "Descubrírnos a Espa-
"ña—digo, os decía—, porque si es cierto, como por mu-
"chos se nos asegura, que su mayor riqueza material en
"su subsuelo se esconde esquiva mientras araña el la-
"briego con el tradicional arado la ligera capa que la
"recubre y vela, en su subsuelo espiritual también, en los
"no escudriñados soterráneos de su cotidiana vida colec-
"tiva yace tal vez el venero de su renovación futura mien-
"tras seguimos arañando con nuestra crítica y apologé-
"tica en las humosas glorias de su capa histórica. Tenéis
"que descubrir a nuestro pueblo tal como por debajo de
"la historia vive, trabaja, espera, ora, sufre y goza."
Sólo tengo que rectificar ahora el mal sentido que en-
tonces daba, erradamente, a lo histórico. Lo que en uno
de mis ensayos de "En torno al casticismo" llamé la in-
tra-historia es la historia misma, su entraña. Y en cuan-

to, a la lengua, ya Campmany decía que lo más del romance castellano está enterrado en la entraña verbal del pueblo. Hay que desenterrarlo, pues, mas no para desenterrarlo.

Y es lo que he venido haciendo en mi cátedra oficial aquí, con mi palabra hablada, en mi acción pública en toda España, con mi palabra escrita, durante estos treinta y cuatro años, y aun desde antes. Buscar la tradición histórica nacional, fuente de su progreso y ventura, y hasta de sus revoluciones, en el tesoro del habla, del lenguaje; bregar en el escudriño de sus entrañas, a desentrañarlas. Toda la civilización, toda la economía, todo el derecho, todo el arte, toda la sabiduría, toda la religión española están ahincados en los entresijos de su lenguaje y hasta laten en el tuétano de sus huesos.

Querer es sentir, sentir es pensar, y pensar es hablar, hablarse uno a sí mismo y hablar a los demás, y con Dios, si lo logra. Convivir es consentirse, y consentirse es entenderse unos a otros, comprenderse. Y esta convivencia social civil y religiosa, esta comprensión, que es la patria, la nacionalidad, nos es más preciosa ahora, en esta crisis de renacimiento—de renación la llamé un día—y que nos entendamos y comprendamos unos a otros y cada cual a sí mismo. La verdadera comunidad nace de comunión espiritual, verbal, y ésta de entendimiento común, de verdadero sentido común nacional. Común y propio a la vez. La lengua viva, de veras viva, ha de ser individual, nacional y universal. Dialectal, es decir, de diálogo, de conversación y de concordia. Y de dialéctica. Y hasta de polémica, que es, a su modo, una concordia entre discordias. Cada uno ha de formarse y reformarse y trasformarse su propio dialecto, individual

y regional, su propio idioma—idioma quiere decir propiedad—dentro del idioma común, y enriquecerse de él y enriquecerlo enriqueciéndose. Y he aquí por qué, estudiantes salmantinos, he venido estos años esforzándome, socráticamente, en enseñaros a aprender la misma lengua que hablábais, a daros conciencia clara de ella, a que la diérais a luz y aprenderla yo así de vosotros, y todos de consuno a desentrañar el romance castellano que nos está haciendo el alma española. No a disecarlo técnicamente—lo que es meritorio—sino a recrearlo. A alumbrar su vivo manadero, en gran parte soterraño.

Y esto es filología viva, amor de habla, y no exclusivamente erudita investigación de seminario técnico, que no es, a lo sumo, sino una indispensable—que no podemos ni debemos dispensarnos de ella—preparación para lo otro. Como es la crítica preparación para la poética, la comprensión camino de creación. ¿Para qué comprender si no se ha de crear? La misma crítica, cuando es viva, es recreación y es desecho de poesía; que así como se pulían diamantes con polvo de ellos, se ensaya a las metáforas, se las pule—y clasifica y estudia—con polvo de ellas. Con esa filología, con ese amor del habla común y propia a la vez, nacional e individual a la par, individual y universal, que es lo mismo, con ella cobraremos el heredado patrimonio espiritual de nuestra raza histórica, de nuestra cultura. A presión de siglos, encerrado en metáforas seculares, alienta el ánimo, el espíritu, el soplo verbal que nos ha hecho lo que por la gracia de Dios, la Palabra suma, somos: españoles de España. Las creencias que nos consuelan, las esperanzas que nos empujan al porvenir, los empeños y los ensueños que nos mantienen en pie de marcha histórica a la misión de



nuestro destino, hasta las discordias que, por dialéctica y antitética paradoja, nos unen en íntima guerra civil, arraigan en el lenguaje común. Cada lengua lleva implícita, mejor, encarnada en sí, una concepción de la vida universal, y con ella un sentimiento—se siente con palabras—, un consentimiento, una filosofía y una religión. Las lleva la nuestra. Y el enquisar, el desentrañar esa filosofía, es obra de la filología, de la historia de la lengua. La llamada filosofía en general ¿qué es sino la historia del pensamiento universal humano encarnado en la palabra? No definición silogística, sino descripción narrativa; no dogmas, sino leyendas, personas. Los genuinos pensadores son los poetas. Las grandes religiones universales viven en nombres de personas, no de ideas abstractas. La fábula se explica por sí misma, y sobra la moraleja. Y es locura pretender que no se enseñe a nuestros hijos la visión, la concepción y el sentimiento del mundo que se encierra en el son del habla que aprenden de la boca de sus madres con la leche que maman de sus pechos. Es nuestro mundo. Ninguna creencia, ningún ensueño, ninguna leyenda, ningún mito, si fueron vivos, mueren. Y no será español quien no conozca, y con amor, los que fraguaron a su España. El niño nace inconciente, y se hace su conciencia en el seno de su pueblo, que es como su matriz espiritual. ¿Respetar la conciencia del niño? Pero ¡si no la tiene! Recibe el habla materna, que es la sangre del espíritu, y con ella toda la visión y toda la concepción del mundo que ella encierra. ¿Enseñanza objetiva? ¿Y qué es objeto? El individuo es, ciertamente, un producto social; pero la sociedad es un producto humano e individual, y el hombre un animal racional—civil, político le llamó

Aristóteles—. Racional—de razón, *ratio*, y este de *reri*, hablar—quiere decir verbal: el hombre es un animal que habla. El español que no piense en lengua española, si es que no sabe otra, no es que no sea español, es que no piensa, no es racional. Y pensar en lengua española es pensar lo que esa lengua ha pensado, creer lo que ha creído. Porque una lengua, alma de un pueblo, piensa y cree. Y no digamos que no siente, porque se siente en pensamiento—los sentimientos son pensamientos en conmoción—. Lo otro son sensaciones animales, no racionales, no humanas, no personales. Y basta observar, por otra parte, la honda cultura tradicional de tantos analfabetos.

Y el desentrañamiento de este nuestro romance castellano me llevó a rebuscar en su raigambre, que se enlaza y junta y une con las de los otros romances de nuestra Iberia, con las de los otros dialectos de la común habla románica, latina. Y así me ví llevado a enquisar y requisar las diversas hablas de nuestra Iberia y su recíproca influencia. En mis clases universitarias se iniciaba el estudio del catalán y valenciano, del gallego y el portugués, y aun de otros. De mi cátedra han salido no pocos enamorados del habla y la literatura catalano-lemosina y galaico-portuguesa. De tales diferencias surge la integración. Yo espero—y lo dije en ocasión para mí solemne y desde otra tribuna pública—que la venidera lengua secular de nuestra España máxima, de nuestra Iberia, se haga de la refundición—mejor que federación—de nuestros romances. Y que no tengamos ya en adelante que traducirnos, que es traicionarnos.

Tal ha sido mi labor, de que por despedida de cátedra oficial me creo en el deber de venir hoy aquí a daros

cuenta. Tal ha sido mi obra. La inicié sin programa, sin definición previa. Pues tal como dijo atinadamente Goethe, con el tino de un poeta, el hacer preceder una definición a una obra, a un tratado de una disciplina cualquiera, es no darse cuenta de que hay que acabar la obra para poder llegar a la definición. Esto que hoy os digo no es un prólogo, sino un epílogo; no un programa, sino un epígrama, o metágrama, si se quiere. No lo que voy a hacer, sino lo que llevo ya hecho. ¡Esta es mi obra! ¿Juegos de palabras? Con ellos Quevedo, nuestro gran conceptista, nuestro gran verbalista, al adentrarse en las entrañas del romance castellano escrudiñó hurgando en el alma de su pueblo. Y lo mismo Calderón, y Gracián, y los místicos, y tantos otros. Esta fué mi obra, y obra política también. Política, es decir: civil, de civilización. Y paso por alto las discordias estrictamente políticas que en nuestra vida universitaria se produjeron. ¿Que no debe entrar la política en la Universidad? Según a qué se llame política y a qué se llame universidad. ¡De partidos, nó!; ¡de entereza, sí! ¡Triste y menguado el porvenir de España si estos templos civiles de la cultura patria se achican y oscurecen en oficinas de facultades profesionales para ganarse la vida que pasa y no queda en la historia! En cada ciencia especial, su historia es su esencia vivificante, y lo otro, la técnica, lo codificado, no pocas veces un certificado de defunción. Hay que hacerse mártires, esto es: testigos de esa cultura; y el mártir dá su vida por la palabra, por la libertad de la palabra. Da su vida, pero no se la quita a los otros; se deja matar, pero no mata. Al recordar todo esto creo mostraros el hilo de propia continuidad de toda mi obra, y que este hombre, a quien se le ha supuesto tan versá-

til, ha seguido, en su profesión académica como en la popular, una línea seguida.

A esta mi obra responde, creo, vuestro homenaje. Lo acato. Homenaje—¡siempre el filólogo!—deriva de *hominem*, de hombre, y he procurado cumplir mi misión, mi destino, de hacerme hombre universitario de la España universal. Y llevar su nombre, su palabra, no sólo a las naciones a que se extendió nuestro romance, el que conquistó la mayor parte de América y porciones de las otras partidas del mundo, sino a las otras que sienten y piensan en otros idiomas. Se conquista con la palabra. Más ha ganado para España el Verbo castellano por la pluma de Cervantes en su "Quijote", hijo de palabra, que ganó Don Juan de Austria con su espada en la batalla de Lepanto. Me he esforzado por conocerme mejor para conocer mejor a mi pueblo—en el espejo, sobre todo, de su lengua—para que luego nos conozcan mejor los demás pueblos—y conocerse lleva a quererse—y, sobre todo, para ser por Dios conocidos, esto es: nombrados, y vivir en su memoria, que es la historia, pensamiento divino en nuestra tierra humana.

Y mis últimas palabras de despedida, compañeros de escuela, maestros y estudiantes, estudiosos todos: Tened fe en la palabra, que es la cosa vivida; sed hombres de palabra, hombres de Dios, Suprema Cosa y Palabra Suma, y que El nos reconozca a todos como suyos en España. ¡Y a seguir estudiando, trabajando, hablando, haciéndonos y haciendo a España, su historia, su tradición, su porvenir, su ventura! Y ¡a Dios!

X640964914

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403413098